

Núria Pacheco Catalán

UT SIS STATOR ET HABITATOR
LA COLONIZACIÓN FEUDAL DE LA
CATALUNYA NOVA: LA INMIGRACIÓN
OCCITANA (SIGLOS XII-XIII)

GRANADA
2025

ÍNDICE

Prólogo sobre exterminios <i>Helena Kirchner y Antoni Virgili</i>	17
Agradecimientos	21
Nota preliminar.....	23
<i>Ut sis stator et habitator</i> . Conquista y colonización	25
Antecedentes: la conquista de la Catalunya Nova y la formación de una nueva sociedad feudal	37
Estudiar la colonización de la Catalunya Nova	55
Occitanos en la Catalunya Nova.....	67
Causas de la migración: factores de atracción y repulsión.....	89
Resultados, limitaciones y futuras líneas de investigación	119
Estudio de casos	121
Blanxart.....	123
Bouvila.....	137
Caors.....	145
Carcassona	159
Gasc.....	175
Llemotges... ..	199
Moissac.....	207
Montpeller	211

Morlans	221
Narbona	231
Perigord.....	247
Provença	251
Salvanyac.....	257
Santa Ponç	281
Tolosa.....	307
Epílogo: ser colono en la Catalunya Nova.....	333
Fuentes y bibliografía citada	335
Apéndice 1: ejemplos de fichas de investigación	357
Apéndice 2: tipología de bienes por localidades en el Baix Ebre.....	359
Apéndice 3: escrituras en las que consta cada individuo	360

PRÓLOGO SOBRE EXTERMINIOS

HELENA KIRCHNER Y ANTONI VIRGILI

El libro de Núria Pacheco que tenemos el placer de prologar es el resultado de una larga, rigurosa y exhaustiva investigación sobre la emigración de decenas de familias originarias de Occitania que se instalaron en el valle del Ebro a raíz de las conquistas catalanas de Tortosa y Lleida a mediados del siglo XII. La materia prima principal del trabajo reside en los centenares de documentos latinos generados por la conquista en los cuales ha detectado la presencia de occitanos a través de un pormenorizado y detallado estudio antropotopónimo.

El colectivo occitano constituye uno de los grupos humanos que contribuyó a colonizar el valle del Ebro durante la centuria que transcurre entre mediados del siglo XII y mediados del XIII. Junto a los catalanes, la mayoría, los occitanos tuvieron un papel relevante, como el que ejercieron también muchas familias procedentes de la Liguria, de Aragón, o miembros del destacamento cruzado anglonormando que habían participado en la conquista de Lisboa en 1147, y repitieron experiencia en Tortosa un año después.

Uno de los fenómenos más visibles de los procesos de conquista y colonización de al-Andalus durante los siglos medievales es, sin duda, la envergadura que tuvieron los desplazamientos de familias que abandonaron sus solares en los respectivos lugares de origen para emigrar e instalarse en las regiones conquistadas por las armas. Las fuentes escritas que genera la conquista revelan la presencia de miles de personas. Cabe suponer que su visibilidad representa una parte no mayoritaria de las que realmente lo hicieron. Lo realmente importante, no obstante, es que el fenómeno es la respuesta y la alternativa a uno de los efectos de la conquista cristiana: el desalojo de la población autóctona de los territorios que hasta aquel instante habían ocupado durante generaciones. La gestión de la victoria cristiana contemplaba, entre otros procesos, cómo manejar los restos de la población que había recibido el impacto de las huestes feudales. Hubo dónde no quedó ni rastro, como en las Baleares. En el mejor de los casos, una parte de esta población pudo permanecer

en el territorio después de haber negociado una capitulación. Sin embargo, será un colectivo residual y sometido al nuevo orden feudal en el marco de un volumen estable o en disminución de sus efectivos –en Valencia, las rebeliones de los mudéjares implicaron reubicaciones y expulsiones inmediatas– mientras incrementaba el número de familias cristianas gracias al flujo migratorio. En Tortosa y Lleida, los fogajes de mediados del siglo XIV revelan un contingente mudéjar muy modesto: apenas el cinco por ciento del total.

La colonización, pues, implica ejecutar un ejercicio de liquidación de nativos simultáneo al de captación de población cristiana. Miquel Barceló, maestro directo de los responsables de estas líneas e indirecto de la autora del libro, se autodefinió, en su día, como historiador de exterminios. La expansión de la cristiandad europea se concretó en exterminios de nativos dondequiera que se produjo: en tierras eslavas, en las orillas del Báltico, en al-Andalus, en las Canarias, en América a partir de fines del siglo XV, o en África, Asia y Oceanía a raíz de la gran dinámica imperialista contemporánea. No hay lugar para cuentos de hadas, ni para el tópico de la convivencia; el mito de las tres culturas, tan en boga en la historiografía tradicional, se desvanece como lágrimas en la lluvia, parafraseando el último replicante de *Blade Runner*, cuando se profundiza en el estudio de las sociedades vencidas. En la mente de los vencedores de guerras no hay lugar para la comprensión, el perdón y el respeto hacia los vencidos. Al contrario: castigo y represión ejemplarizantes. Las fosas comunes de la guerra de 1936 en España, las de Bosnia en los años noventa del siglo pasado, las matanzas en Rwanda o las masacres actuales de Gaza son sólo algunos ejemplos del último siglo sobre el significado y el sentido de la derrota. No es necesario recurrir a la imaginación para tener una idea de las consecuencias de las derrotas de los enemigos de la fe en la Edad Media. Los cronistas de las Cruzadas o el propio Jaume I el Conqueridor en su *Llibre dels Feits* lo expresan con toda nitidez; e incluso, a veces, con cierta ingenuidad en el relato, como la expresión de algo normal.

Conocemos a Núria Pacheco desde sus primeros pasos como estudiante del grado de Historia. Nos llamó la atención la precisión de sus respuestas en los ejercicios escritos, propios de una preparación trabajada y ordenada, que destacaban muy por encima de la media. Persona comedida y discreta, era una más en el grupo sin hacerse notar. Tuvimos que preguntar por ella para identificarla. Desde el primer instante manifestó su intención de dedicarse a la historia medieval. Le propusimos acudir como estudiante voluntaria a las campañas de prospección en el Bajo Ebro en el marco de un proyecto dirigido por ambos que estudiaba la organización campesina y los espacios de cultivo andalusíes y el impacto

que tuvo la conquista feudal del 1148. Interesada, primero, por el tema de la herejía cátara en Occitania, se adentró en el estudio de la sociedad occitana y su contribución en los procesos feudales de colonización en la Catalunya Nova. Sus investigaciones dieron como resultado los trabajos de fin de grado y máster, los cuales fresaron el camino de su tesis doctoral, dirigida por nosotros y cuyo corolario es el libro que tenemos entre manos.

Ha realizado una investigación detallada y de gran pulcritud escudriñando cualquier rincón del documento y leyendo entre líneas para detectar los protagonistas de esta compleja historia de reconstrucción de líneas migratorias. El caso de los occitanos en la Catalunya Nova es revelador por su antigüedad, ya que siempre se había pensado que su presencia al sur de los Pirineos era debida a la represión y a la persecución contra los cátaros, a partir de la batalla de Muret en septiembre de 1213, punto de partida de la conquista de Occitania por la monarquía francesa de los Capetos. A continuación de los imprescindibles capítulos sobre los contextos, el histórico sobre la conquista del valle del Ebro, y el relativo a los cambios en la antroponimia, y la metodología, la autora se adentra en el reconocimiento de los occitanos en la documentación generada en las regiones de destino. Una vez identificados reconstruye sus entornos familiares, sociales, económicos, las relaciones entre las familias del mismo origen geográfico, o con miembros de otras procedencias; estudia las causas y los factores que pudieron intervenir en la decisión de emprender el camino de la emigración en los lugares de repulsión y de atracción –las similitudes lingüísticas serían, sin duda, determinantes, las actividades que desarrollaron, sus contactos con el poder y la gradación jerárquica de sus miembros, así como sus ascensos y caídas en la nueva sociedad colonial.

Así, la Catalunya Nova se convirtió en el crisol donde los occitanos, junto con los catalanes, los aragoneses, los genoveses y los anglonormandos, contribuyeron a formar una nueva sociedad de colonos regida por los parámetros del orden feudal impuesto por los conquistadores. Después de un par de generaciones se pierde el rastro de los orígenes de todos ellos en el marco de una sociedad ya catalana, consecuencia lógica de un proceso de asimilación por efecto de las influencias del grupo humano dominante y de las decisiones de quienes monopolizaban los instrumentos del poder, civil y eclesiástico. Simultáneamente, los miembros de esta nueva sociedad generaban un nuevo paisaje rural adaptado a las necesidades y exigencias del nuevo orden feudal instaurado en las regiones conquistadas. Un paisaje rural en constante transformación hasta el colofón final: la liquidación de los ciclos agrarios de la anterior sociedad andalusí. El libro de Núria Pacheco, en definitiva, va más allá